

EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.^a SERIE ↔ BARCELONA, octubre de 1895 ↔ NÚMERO 54



MEMORIAS DE UN GENDARME

POR

PONSON DU TERRAIL

(Continuación)

Tres veces se le ascendió, y tres veces hubo necesidad de privarle de los galones.

Una noche llegó al extremo de poner la mano sobre uno de sus jefes.

El jefe era Nicolás, quien le cogió por el brazo y le dijo:

—Es de noche y nadie te ha visto. No quiero llevarte ante un consejo de guerra, pues serías fusilado.

Rossignol se despejó, cogió ambas manos al joven sargento y le dijo:

—Desde hoy somos amigos en vida y en muerte.

Y había cumplido su palabra.

Cuando el escuadrón tenía un encuentro con los árabes, había tres hombres que no se separaban nunca: Rossignol, el sargento Nicolás y el subteniente G.

Antes que separarlos hubieran sido hechos prisioneros ó hubieran muerto los tres juntos.

Una mañana, el escuadrón de Nicolás estaba acampado en la llanura, á diez leguas al norte de Blidah, cuando el comandante R. hizo llamar á G.

—Tomad diez hombres, — le dijo, — y llevad estas órdenes á Blidah, cueste lo que cueste.

La explicación de las palabras del jefe del escuadrón estaba en los acontecimientos de la víspera y de la última noche.

Los hadjutas, la más feroz de las tribus insurrectas, cercaban el campamento.

Había en éste un escuadrón de cazadores y dos compañías de infantería.

Durante el día anterior, los hadjutas se habían acercado á las empalizadas hasta un tiro de pistola.

Dos centinelas, sorprendidos al caer la noche, habían pagado con su cabeza un momento de sueño. A las tres de la mañana, los hadjutas atacaron resueltamente el campamento; mas fueron rechazados.

Pero, al retirarse, se habían llevado un exiguo rebaño de carneros y vacas, destinado á la alimentación de las tropas del campamento.

El subteniente G. escogió sus diez hombres.

El primero á quien eligió fué, naturalmente, el sargento Nicolás, y el último, Rossignol.

Tocóse á botasillas, y nueve hombres se lanzaron sobre sus caballos. El décimo no acudió.

—¡Estará ebrio! — murmuró el subteniente, disponiéndose á escoger otro cazador.

En aquel momento se presentó Rossignol.

Había oído pronunciar su nombre, había comprendido vagamente que se le necesitaba; pero el Sr. G. no se equivocaba: estaba embriagado.

Durante la noche se había batido muy bien, y aun había recibido un ligero lanzazo; mas

después de tomar el café de la mañana había-se entregado de nuevo al ajeno.

El subteniente se contentó con decirle:

—¡Vete á dormir, borracho!

Y designó otro cazador para sustituirle.

—¡Ah! ¿No queréis llevarme? — exclamó Rossignol.

—No; porque estás bebido.

—Bueno, — murmuró el cazador; — no por eso dejaré de ir...

Volvió al campamento, y el destacamento partió.

Pero apenas el Sr. G. y sus hombres, después de un cuarto de hora de marcha, habían llegado á un bosquecillo de olivos, cuando se unió á ellos un jinete que corría á galope tendido.

Era Rossignol.

—¡Desgraciado! — exclamó el Sr. de G. — Pero ¿no te das cuenta de tus actos?

—¡Quiero batirme! — repuso el indisciplinado.

—Esa desobediencia tiene los caracteres de una desertión, — dijo el oficial.

—Pues bien, — replicó el testarudo Rossignol; — me llevaréis ante un consejo de guerra y me fusilarán.

—¡Este hombre está loco! — exclamó con impaciencia el subteniente.

—Es posible, — dijo Rossignol; — pero no quiero dejar ir solo á mi amigo el sargento Nicolás, porque le pasaría alguna desgracia, de seguro.

—¡Imbécil! — murmuró el Sr. de G.

—Rossignol, — dijo Nicolás al soldado, — ¿quieres comprometerte?

—Me es igual.

—Y si yo te suplico que ceses en tu desobediencia, ¿me atenderás?

Nicolás ejercía mucho dominio sobre Rossignol. Sin embargo, éste respondió:

—Si yo no voy con vosotros, te sucederá alguna desgracia.

Nicolás se encogió de hombros.

—Pues bien, — dijo; — lo prefiero á verte ante un consejo de guerra.

Rossignol vacilaba todavía.

El Sr. de G., impacientado, se acercó al recalcitrante.

—Rossignol, — dijo, — ten cuidado. Te hablo como amigo y no como superior. Si me obligas á castigarte, no podré impedir las consecuencias de tu castigo.

Rossignol se había despejado por completo, pero estaba pálido y tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Lo queréis? — dijo.

—Sí: lo quiero, — repuso el oficial.

—Pues ya veréis como os pasa alguna desgracia, — murmuró el pobre cazador.

Y, volviendo la brida, tomó de nuevo el camino del campamento, mientras el pequeño destacamento continuaba su marcha.

Nicolás puso su caballo junto al del oficial.

Durante una hora, los cazadores galoparon sin hallar huellas del enemigo.

Los hadjutas habían desaparecido, y, sin duda, se habían replegado un poco antes de

amanecer, hacia las gargantas del Atlas, cuyas nevadas cimas brillaban en el horizonte.

Ya las verdes montañas que rodean á Blidah aparecían á lo lejos, y para llegar al término de la jornada sólo faltaba atravesar un bosque.

—Creo, — dijo el Sr. de G. á Nicolás, — que nuestra expedición va á parecerse á un paseo militar. Cuando estemos fuera del bosque podremos fumar.

—Y el pobre Rossignol se habrá equivocado en sus predicciones, — repuso Nicolás sonriendo.

—Ha hecho bien en irse, — añadió el Sr. G.; —el comandante empieza á cansarse de sus borracheras y de su insubordinación.

La pequeña escolta llegaba á la linde del bosque.

De pronto, Nicolás, que iba algo delante, se detuvo bruscamente.

—¿Qué hay?—preguntó el oficial.

—Un albornoz blanco.

—¿Dónde?

—Allí, detrás de aquel matorral.

Al mismo tiempo brilló un relámpago; una nube de humo salió de detrás del matorral, y una bala pasó silbando por encima del kepis de Nicolás.

XXII

El Sr. G. reunió á los soldados.

—Amigos míos, — les dijo, — los hadjutas están emboscados ahí, y es preciso pasar sobre ellos ó morir.

Los cazadores se agrupan en torno á su jefe, y con el sable entre los dientes y la pistola en la mano se lanzan al galope hacia el bosque.

Veinte disparos los saludan.

Sólo un hombre fué herido; pero no cayó ni se apartó de las filas.

Los hadjutas eran más de ciento.

Vióseles salir uno á uno de cada matorral y emprender un fuego graneado.

Los cazadores, al principio, respondieron á pistoletazos; luego echaron mano al sable.

El combate fué largo; los cazadores caían uno á uno, pero hacían pagar cara su vida y se abrían sangriento paso á través de los árabes.

El Sr. G. y Nicolás no se separaban.

Llegó un momento en que, de los diez hombres, no quedaron más que cuatro.

El subteniente y el sargento eran de este número.

El primero era el portador de las órdenes.

Los cuatro cazadores hicieron un esfuerzo desesperado; lanzaron sus caballos sobre un grupo de árabes, los arrollaron y lograron salir de aquel círculo de hierro y fuego en que sus compañeros habían hallado la muerte.

—¡Ya no se trata de batirse! Es preciso llegar á Blidah, — gritó G.

Montaba un excelente caballo que emprendió un galope furioso.

Nicolás y los dos soldados le seguían.

Los árabes se lanzaron en su persecución.

De vez en cuando silbaba alguna bala; los cazadores se volvían sobre su silla, hacían fuego á su vez y continuaban su precipitada carrera.

Pero los árabes ganaban terreno.

Uno de los cazadores fué desmontado.

Su caballo, herido de un balazo, cayó sobre él.

El otro soldado levantó á su compañero y le tomó á la grupa.

Cien metros más allá, cayó el segundo caballo, y los dos cazadores se hallaron á pie.

Entonces el subteniente y Nicolás acudieron en su socorro.

Pero era demasiado tarde.

Después de diez minutos de lucha, los dos infelices soldados sucumbieron, y el Sr. de G. y Nicolás vieron brillar el yatagán destinado á hacer de las cabezas de aquéllos un sangriento trofeo.

Ya aparecían en lontananza las blancas casas y los naranjos de Blidah, cuando á su vez cayó el caballo de G.

—¡Corre á Blidah! ¡Viva Francia! — exclamó el intrépido joven presentando el pliego á Nicolás, que pronto iba á ser el único sobreviviente del destacamento.

Pero Nicolás echó pie á tierra.

—¡Tomad mi caballo! — dijo.

—No, — respondió el subteniente.

—Es preciso. Vos sois un hijo de familia: yo soy solo. Vale más que os salvéis vos.

—¡No quiero! — exclamó G.

—¡Tomad mi caballo ó nos perdemos los dos! — insistió Nicolás.

Entablóse una lucha de generosidad entre ambos.

Los árabes se acercaban y llovían las balas en torno de los dos jóvenes.

Por fin, Nicolás venció.

—Vos tenéis madre: yo no la tengo, — dijo.

El subteniente le abrazó, montó de un salto y reanudó su furiosa carrera.

Nicolás, á pie, sable en mano y apoyada la espalda en un olivo, esperaba tranquilamente á los feroces hadjutas.

Estos habían perdido tiempo cortando las cabezas de los soldados y colgándolas de sus sillas.

Llegando con los yataganes en alto sobre Nicolás, éste oyó que su jefe les daba una orden.

Los hadjutas formaron círculo en torno del sargento.

Este comprendió que se trataba de cogerle vivo.

Y se lanzó sobre el hadjuta que tenía más próximo, resuelto á hacerse matar.

Pero, sin duda, era formal la orden del jefe, pues ningún yatagán le tocó.

Un árabe lanzó sobre él su caballo y consiguió derribarle.

Nicolás se levantó y mató al árabe de un sablazo; pero otro repitió la maniobra, y el sargento cayó de nuevo.

Esta vez le echaron sobre la cabeza un albornoz que le cegó un instante, lo suficiente para desarmarle y agarrotarle.

En un abrir y cerrar de ojos fué Nicolás sólidamente atado, y se le colocó atravesado en una silla, como el maletín de un soldado.

Luego los árabes volvieron bridas y se encaminaron hacia el Atlas.

Envuelto en un albornoz, Nicolás, que estaba herido y perdía sangre en abundancia, no pudo ver á dónde se le conducía.

Al cabo de dos horas de furiosa carrera, los árabes hicieron alto.

muerte, debía ser para reservarle cualquier espantoso suplicio.

Tras un descanso de una hora, los árabes volvieron á montar á caballo, el prisionero ocupó nuevamente su puesto sobre el arzón de una silla, y todos continuaron su marcha á través del desierto. Hasta la noche, y mucho después de la puesta del sol, no se hizo alto por segunda vez.

Entonces, los ladridos de muchos perros y



Continuaron su marcha á través del desierto

Estaban en pleno desierto, y se habían detenido á la sombra de un grupo de palmeras, por entre las cuales corría un hilo de agua.

Sólo entonces se ocuparon en el prisionero.

Este se hallaba medio muerto de fatiga.

Laváronle las heridas, y uno de los árabes, que parecía versado en la ciencia quirúrgica, las curó, después de haberlas empapado en una especie de bálsamo que calmó el dolor casi instantáneamente.

De la animada conversación que se sostuvo entre los que parecían los jefes, comprendió Nicolás que tenían empeño en conservarle la vida.

¿Por qué?

Los rostros sanguinarios de los hadjutas no presagiaban nada bueno, y si se difería su

los gritos de mujeres y niños revelaron á Nicolás que se llegaba á un campamento.

Cuando se le desembarazó del albornoz que constantemente le había cubierto el rostro, Nicolás se halló en medio de las tiendas de la tribu.

Las mujeres se regocijaban y los niños tocaban con curiosidad las ensangrentadas cabezas que colgaban de los arzones; los perros, que olían á cristiano vivo, aullaban con furor, y era preciso mantenerlos á distancia á fuerza de latigazos.

Condújose al prisionero á una tienda situada en el centro del campamento y que, por su aspecto, comprendió aquél que era la del jefe de la tribu.

Este esperaba al prisionero.

Nicolás se halló en presencia de un anciano de barba gris, vestido con un rico albornoz bordado de oro y con el cinturón lleno de pistolas y yataganes.

Aquel hombre chapurreaba el francés.

—Perro, — dijo á Nicolás, — los hombres de mi tribu han hecho bien en traerte vivo á mi presencia. De ti depende el rescatar tu vida.

Nicolás permaneció impasible.

—Oye bien, — continuó el jefe. — Si quieres proporcionarnos datos exactos sobre la posición de los tuyos, su número y sus proyectos, te perdonaré: si no, morirás.

—Estoy dispuesto á morir, — repuso Nicolás.

—Pero no sabes qué clase de muerte te espera, — dijo el jefe.

—Me es igual.

—No morirás de un balazo ni te cortarán la cabeza con un yatagán, no, — replicó el anciano con feroz sonrisa; — te reservo algo mejor que eso.

Nicolás no pestañeó.

—La noche es buena consejera, — continuó el hadjuta.

—Puedes mandarme matar en seguida, — respondió Nicolás, — porque no diré una palabra.

—¡Bah! Ya hablarás mañana.

Una sonrisa de desdén brilló en los labios del soldado.

—O, de lo contrario, te haré devorar vivo por los perros de la tribu, — añadió el jefe.

—Es una muerte como otra cualquiera, — replicó con calma Nicolás.

—Entretanto, — dijo el jefe, — van á aplicarte el castigo del bastón.

Dió sus órdenes y se presentó el *tchus*, ó verdugo de la tribu.

XXIII

El *tchus* era un moro de elevada estatura, de rostro siniestro, ojos feroces y que parecía desempeñar con gusto su ministerio.

El rumor del suplicio que se iba á infligir al cristiano se esparció por la tribu.

Las mujeres, los niños y los ancianos se reunieron en un vasto espacio que quedaba en medio de las tiendas y que debía servir de teatro del castigo.

Los hombres útiles de la tribu fumaban, sentados gravemente junto á las grandes hogueras que acostumbran á encender los árabes.

La noche había cerrado, pero la luna brillaba en todo su esplendor.

Nicolás fué conducido por el *tchus* al centro del círculo.

La tribu le llenaba de injurias.

El estaba tranquilo y sonreía con desdén.

El *tchus* le despojó de sus vestiduras, desnudándole hasta la cintura.

Pero, de pronto, hizo un gesto de sorpresa y se detuvo.

—¿Qué es eso? — preguntó el jefe.

El *tchus* acababa de ver el medio zequí que el anciano moro había dado á Nicolás y que éste llevaba al cuello.

El jefe de la tribu se acercó, y el verdugo le mostró el misterioso talismán.

—¿Qué es eso? — preguntó á Nicolás.

—Es un regalo que me han hecho, — repuso el cazador.

—¿Quién?

—Un moro de Constantina.

—¿Sabes su nombre?

Nicolás hizo memoria.

—Sí, — dijo. — Se llama Alí-Babum.

El jefe de los hadjutas gruñó algunas palabras ininteligibles, pero que evidentemente atestiguaban mal humor.

Luego dió una orden al *tchus*.

Y éste, arrojando su terrible bastón, devolvió á Nicolás sus vestidos.

El talismán acababa de demostrar su virtud, pues se renunciaba, al menos provisionalmente, á castigar á Nicolás.

Nuevamente le ataron las manos á la espalda, y, con gran desencanto de la tribu, que se desató en imprecaciones, se le volvió á la tienda del jefe.

Este le dijo:

—Puedes felicitarte de que me haya casado la semana pasada con una de las hijas de Alí-Babum. El talismán que éste te ha dado hace que te conceda la vida; pero permanecerás prisionero entre nosotros.

Nicolás esperaba que el viejo moro se hallase entre los hadjutas; mas se equivocaba.

Alí-Babum no estaba con su yerno.

Tratóse al prisionero con más miramientos; se le dió de cenar, y, terminada la cena, se le entregó una piel de carnero para que se abrigase durante la noche.

Al amanecer del día siguiente, Nicolás dormía aún cuando le despertaron el ladrido de los perros, el relinchar de los caballos y los gritos de las mujeres y los niños.

Era que la tribu levantaba el campo.

Como la víspera, se le colocó atravesado sobre un caballo. Los hadjutas se pusieron en marcha y continuaron internándose en el desierto.

Al mediodía se hizo alto en un bosque de olivos, junto á una fuente, y de nuevo se desembarazó á Nicolás del albornoz y pudo ver lo que pasaba en torno suyo.

Tres dromedarios se hallaban en el centro de la caravana.

Eran los que conducían á las mujeres é hijos del jefe de la tribu.

Las mujeres, según la costumbre oriental, iban cubiertas con sus velos. Sin embargo, Nicolás tuvo como un presentimiento al mirar á una de ellas.

Dos grandes ojos negros se fijaron en él.

Nicolás se estremeció y pensó que la que le miraba era la hija del anciano moro.

Tras el descanso del mediodía, se renovó la marcha.

Nicolás se sentía mejor y ya no sufría de sus heridas.

Aquella mirada profunda que se había detenido sobre él parecía haberle curado.

Hasta entonces, el pobre joven, cuya infan-

cia había sido tan desgraciada, no había sentido latir su corazón por ninguna mujer.

Y hé aquí que á la sazón seguía con menos pena que antes á aquella tribu medio salvaje, sin preocuparse de la terrible suerte que, sin duda, le estaba reservada.

¿Acaso no era una amiga la mujer misteriosa que le había mirado?

Caminóse todo el día, y á la noche se acampó en pleno desierto.

No había ni palmeras ni fuentes.

Bebióse el agua contenida en varios odres y la leche de los rebaños, pues la tribu los llevaba consigo en gran número.

El jefe no quería separarse de Nicolás, ni confiaba su custodia á nadie.

Sin embargo, la suerte del sargento mejoró. Desatáronle los brazos, se le dió mejor comida y, terminada ésta, se le entregaron dos pieles de carnero en vez de una.

A medida que se acercaban al Atlas los expedicionarios, las noches eran más frías.

Durante aquélla, el prisionero, que al principio había obedecido á la imperiosa necesidad del sueño, se despertó.

El campamento estaba sumergido en el silencio.

Hasta los mismos perros callaban.

La tienda del jefe se hallaba dividida en dos compartimientos. El uno estaba reservado para él; el otro para las mujeres.

La luna penetraba en la tienda.

Nicolás abrió los ojos y se cercioró de que el jefe no estaba acostado sobre sus pieles.

Pero le oyó hablar en el compartimiento vecino y le pareció que á la voz varonil se mezclaban voces femeninas.

La palabra *rumí*, que llegó varias veces á sus oídos, le hizo comprender que se trataba de él.

La voz varonil, que reconoció ser la del jefe, era dura é imperiosa.

Una voz de mujer le respondía.

Esta era dulce y suplicante.

Nicolás hubiera dado la mitad de su sangre por poderse enterar de lo que se trataba.

La conversación fué larga y animada.

El jefe manifestaba, sin duda, una resolución que la mujer combatía.

Algo interior decía á Nicolás que aquella mujer era la hija del moro y que su vida era el asunto de la conversación que sostenía con su terrible esposo.

Por fin, la voz del jefe se suavizó poco á poco y la de la mujer fué más acariciadora.

Sin duda, ésta había obtenido lo que quería.

Luego reinó el silencio y el jefe volvió á su departamento.

Nicolás cerró los ojos y fingió dormir.

Por la mañana, cuando las primeras claridades del día iluminaban las nevadas cumbres del Atlas, el jefe dió la señal de partida y ordenó que se ensillase su caballo favorito.

Pero antes de que se plegara la tienda, dirigió la palabra á Nicolás.

—Oye,—le dijo;—yo quería darte muerte hoy; pero Aicha, la gacela de los ojos dulces, la hija

de Alí Babum, de la cual he hecho mi compañera, se ha opuesto y ha pedido tu perdón. Se lo he concedido, á condición de que Alí Babum declare que mereces la vida. ¿Qué servicio le has prestado? Porque ni mi mujer ni yo sabemos por qué te puso al cuello el medio zequí.

Nicolás respondió:

—Le he salvado la vida.

—¿Dónde?

—En la toma de Constantina.

Y refirió cómo había librado al moro de la brutalidad de los zuavos.

El jefe le oyó gravemente.

—Hablas bien,—dijo luego;—pero las gentes de tu raza tienen la palabra dorada y nada prueba que has dicho la verdad.

Nicolás puso la mano sobre su corazón.

El jefe continuó:

—Alí Babum está lejos de aquí, en la tribu de uno de mis hermanos. Voy á enviarle un mensajero, y si confirma tus palabras habrás salvado la vida. Ruega á Dios que el mensajero no se entretenga en el camino ó no caiga en poder de los cristianos, pues si dentro de diez días no ha vuelto, morirás.

Y luego que habló así, el jefe dió la orden de plegar las tiendas, y la tribu continuó internándose en el desierto con sus rebaños, sus caballos y sus dromedarios.

XXIV

La caravana continuó marchando durante varios días, emprendiendo la ruta al amanecer y deteniéndose al mediodía y por la noche.

A veces, engañado por la inmensidad del desierto, el prisionero prestaba atento oído.

Parecía escuchar ruidos lejanos, semejantes á los de un escuadrón en marcha.

Durante el descanso del mediodía, cuando su mirada estaba libre, interrogaba el infinito horizonte.

A veces le parecía que se levantaba á lo lejos una nube de polvo y que de aquella nube brotaban relámpagos.

Entonces esperaba que los franceses se hubiesen lanzado en persecución de los hadjutas, y que los relámpagos que había creído ver brillar fuesen los reflejos del sol sobre las charreteras de los jefes y los sables de los soldados.

Pero el viento calmaba, el horizonte recobraba su pureza, y, engañado por los espejismos sin número del desierto, el prisionero salía de su cruel error.

Sin embargo, á veces su corazón volvía á latir de esperanza.

Las mujeres del jefe pasaban cerca de él, cubiertas por su blanco jaique, y aquellos grandes ojos negros que le turbaban hasta el fondo del alma, fijábanse, brillando como misteriosos carbunclos, sobre el pobre prisionero.

Entretanto, pasaban los días, y el mensajero enviado á Alí Babum no regresaba.

Una noche, al noveno día de la partida de aquel hombre, que, según todas las verosimilitudes, debía traer el perdón de Nicolás, una

noche, decimos, el jefe, cuando el campo quedó en silencio, dijo á su prisionero:

—Dentro de algunas horas se habrá determinado tu suerte. Si el mensajero no vuelve, quedaré desligado de la palabra que dí á Aicha y morirás.

Nicolás se inclinó como hombre para quien la muerte es indiferente.

El jefe se fué á acostar y ordenó antes que el prisionero fuese sólidamente agarrotado.

Esta última precaución era de mal augurio; pero el jefe no se contentó con ella: llamó á dos árabes y les ordenó que velasen durante la noche. ¡Tanto miedo tenía de que se escapase el prisionero!

Nicolás acogió todos estos preparativos con la mayor tranquilidad.

En el tiempo que llevaba en Africa, y particularmente en los días que llevaba de estar constantemente entre los hadjutas, había acabado por comprender algunas palabras de árabe.

Los dos hadjutas encargados de vigilarle durante la noche se pusieron á hablar entre sí.

Nicolás fingía dormir y escuchó.

Uno de aquéllos decía:

—El mensajero no volverá.

—¿Por qué?

—¿No sabes quién es el hombre al que ha enviado el jefe?

—No.

—Es Alí.

—¿Y qué?

—Que Alí es ladrón de caballos. Le importa poco la vida del rumí y menos aún la escasa recompensa que le valdría el haber desempeñado su encargo. En vez de ir á la tribu en que se halla Alf-Babum, ¿sabes á dónde ha ido?

—No.

—A rondar por los alrededores del campo francés. La yegua que monta está en celo, y eso es bastante para que se traiga consigo diez caballos.

—Luego, ¿crees que se atreverá á desobedecer al jefe?

—No lo creo: estoy seguro de ello.

—¿Cómo así?

—Porque me lo confesó antes de partir.

Nicolás conservaba una inmovilidad completa; pero procuraba no perder una palabra de la conversación de los dos árabes.

Uno de ellos añadió:

—Alí es el más hábil ladrón de caballos de toda la tribu. El fué quien robó los dos del jefe francés haciéndolos bajar al torrente.

—¿Cómo lo hace?

—Se desliza arrastrándose hasta las primeras empalizadas del campamento. Si éste se halla en un país lleno de yerbas y matorrales, se cubre con uno de éstos y avanza poco á poco; y si el suelo es desnudo y arenoso, se despoja de sus ropas y se arrastra sobre la arena. Adelantando lentamente, se detiene al menor ruido, con la mirada siempre fija en los centinelas. Cuando llega al recinto en que se hallan trabados los caballos, elige los que le convienen, pues tan bien ve de noche como de día.

Entonces, con su yatagán, corta las trabas de uno ó de varios y se retira como ha ido. Luego vuelve junto á su yegua, que está en celo y que ha dejado atada junto á un grupo de árboles, salta encima y pasa al galope muy cerca del campamento. Los centinelas dan la alarma; pero los caballos sueltos han franqueado ya las empalizadas y corren tras de la yegua, que se interna en el desierto.

—¡Ah!—pensaba Nicolás al oír este relato. —Si no muero mañana y vuelvo al campamento francés, me acordaré de Alí, el ladrón de caballos.

Los dos árabes hablaron todavía algunos momentos, luego encendieron sus largas pipas y se pusieron á fumar silenciosamente.

Nicolás abrió un ojo.

Vió á sus guardianes que le contemplaban entre una nube de humo.

Nicolás era fumador: el olor del tabaco le era familiar, y parecióle que de las pipas de los dos árabes salía un humo cargado de emanaciones que tenían un perfume muy diferente del de aquél.

Los árabes fumaban tranquilamente opio, obedeciendo á la pasión que domina entre los orientales. Pronto, envueltos en una nube, se hallaron en esa extraña situación que se llama el éxtasis.

Sin embargo, el jefe les había ordenado que velasen.

Pero el prisionero dormía, y, además, estaba perfectamente atado.

De vez en cuando, Nicolás abría los ojos, y advertía que sus guardianes iban cayendo poco á poco en el embrutecimiento.

Entonces el sargento pensó en su libertad.

Pero estaba tan sólidamente agarrotado que le era imposible moverse.

Al fin, uno de los árabes dejó caer su pipa y se durmió.

El otro no tardó en imitarle.

Nicolás pensaba:

—Si sólo pudiera desatarme las manos, pronto estaría libre.

Las armas del jefe se hallaban dispuestas en la tienda.

El prisionero trataba de librar sus manos de los nudos que las estrechaban.

Su plan estaba formado.

Si conseguía desatarse, se apoderaría de un fusil y un yatagán, y trataría de emprender la fuga, resuelto á hacerse matar antes que dejarse devorar por los perros al día siguiente.

Cuando hacía vanos esfuerzos y se destruía inútilmente las manos, oyó cerca de él un ligero ruido.

Hubiérase dicho que un reptil se deslizaba sobre la arena.

Nicolás estaba echado de lado y no podía volverse.

El ruido se acercó y luego le tocaron dos pequeñas manos.

El prisionero se estremeció.

La hoguera se extinguía poco á poco, pero aun lanzaba en torno suyo alguna claridad.

Las manos que tocaban las de Nicolás desataron éstas con una presteza maravillosa.

Al mismo tiempo una voz armoniosa y dulce dijo á su oído:

—¡Silencio!

Cuando tuvo desatadas las manos, el sargento se volvió.

Entonces vió á su libertador, ó, más bien, á su libertadora, pues era una mujer.

Y ésta, como es fácil de adivinar, era la del jefe, la hija del moro Alí Babum, la que con tantas instancias había pedido la vida del prisionero.

—Vengo á libertarte,—dijo.

Entonces Nicolás experimentó un sentimiento de terror, no por él, sino por ella.

Si el jefe, que dormía á dos pasos, tendido sobre las pieles, se despertaba, ¿no equivaldría esto á la sentencia de muerte de la joven?

Nicolás sabía que la vida de una mujer no significa nada para un árabe.

La joven adivinó su pensamiento y le dijo en voz baja:

—No temas.

XXV

Según la ley árabe, la mora estaba velada; pero sus grandes ojos negros y sus hermosos brazos desnudos y cargados de gruesos brazaletes decían á Nicolás que era bella. Además, su voz era melodiosa como un canto, y varias veces, en dos minutos, habíase estremecido el soldado al aspirar su perfumado aliento.

—No temas,—repitió ella;—ni los hombres que te custodian, ni el jefe, despertarán. Yo soy quien prepara las pipas todas las noches, y acostumbro mezclar al tabaco un grano de opio, cantidad que no impediría á mi viejo esposo despertarse al menor ruido; pero hoy he triplicado la dosis, y un cañonazo no le despertaría. Salvaste á mi padre, á mis hermanas y á mí, y quiero que, á tu vez, me debas la vida.

El prisionero se embriagaba al sonido de aquella voz, y su mirada trataba de adivinar el rostro de su libertadora, á través del velo.

—Pero,—continuó ella,—¿qué es la vida sin la libertad? Es el desierto sin agua y sin oasis. Quiero libertarte y darte un caballo y armas para que puedas ir á reunirme á los tuyos.

Al hablar así, había roto las últimas ligaduras del prisionero, y éste se halló en pie, dueño de todos sus movimientos.

Entonces ella le entregó un paquete, diciendo:

—Aquí tienes un traje árabe; quítate el tuyo y ponte éste, pues de otro modo no podrías salir del campamento.

Desapareció un instante, pasando al departamento de las mujeres.

En pocos segundos, Nicolás verificó el cambio y quedó disfrazado de árabe.

Entonces volvió la mora.

—Toma ese fusil y ese yatagán,—dijo señalando las armas del jefe.

Nicolás obedeció.

—Y ahora ven,—añadió ella.—No temas nada.

Hízole salir de la tienda.

Los perros, que hubieran ladrado si Nicolás hubiera salido solo, se callaron.

Aicha guió al falso árabe á través de las tiendas y le condujo hasta el sitio en que se hallaban trabados los caballos.

Las sillas de la tribu estaban amontonadas unas sobre otras, pero la del jefe se hallaba sola, separada de las demás, lo mismo que su caballo favorito.

Era éste un hermoso alazán que en la tribu aquella y en las de los alrededores tenía fama de correr más que el viento.

Algunos árabes que dormían en el dintel de su tienda habían abierto un ojo y levantado un momento la cabeza al pasar la mora y Nicolás; pero ninguno había sospechado que aquel jaique blanco y aquel albornoz que le cubría ocultaban al prisionero francés.

Aicha fué recta al alazán y pasó su pequeña mano por la lustrosa grupa del animal.

Este la olfateó, enderezó las orejas y permaneció manso como un cordero.

Entonces ella hizo seña á Nicolás de que cogiese la silla y ensillara al corcel.

Nicolás no se hizo rogar.

Cuando hubo terminado, la joven se quitó del dedo un anillo y se lo dió, diciendo:

—¡Toma! A todos los que encuentres les mostrarás este anillo, y, pronunciando el nombre de Alí-Babum, te dejarán pasar.

Luego ató por sí misma un saquillo de dátiles y un odre de agua á la silla, y añadió:

—Ve con Dios y que El te guíe.

Pero entonces Nicolás se echó á sus pies y se atrevió á besarle la mano.

—¡Oh gacela del desierto!—exclamó sirviéndose del lenguaje lleno de imágenes que había oído hablar durante su cautiverio.—¿No me mostrarás tu rostro para que lo lleve siempre grabado en mi corazón?

Ella vaciló; pero el sargento estaba á sus pies y suplicaba.

Por un momento, el velo se separó y Nicolás lanzó un grito de admiración.

Había visto, á los esplendorosos rayos de la luna, el más hermoso y puro rostro que jamás hubiera podido soñar.

Sólo un segundo lo vió, pero no debía olvidarlo jamás.

—Parte,—dijo ella con voz temblorosa.—Acabo de jugar mi vida por ti, pues si un solo hombre de mi tribu hubiera sido testigo de mi imprudencia, mi esposo me condenaría mañana á una muerte infame.

(Se continuará)